

Walt
Whitman

Canto
de mí mismo
y otros

poemas

Traducción y selección
de Eduardo Moga

Galaxia Gutenberg

Walt
Whitman
Canto
de mí mismo
y otros
poemas

Traducción y selección
de Eduardo Moga

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de Jordi Doce

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2019

© de la presentación y la traducción: Eduardo Moga, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: Maria Garcia
Diseño de colección: Albert Planas
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 3284-2019
ISBN: 978-84-17747-22-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Presentación

Cuando en 1855 apareció en Nueva York un opúsculo de apenas doce poemas y un prólogo, sin el nombre del autor en la cubierta ni indicación del editor, botánicamente titulado *Hojas de hierba*, casi nadie dio un duro por él. Antes bien, los pocos críticos que lo evaluaron emitieron veredictos inclementes: «Whitman», decía un anónimo reseñista londinense, «conoce tanto el arte como un puerco las matemáticas. Sus poemas –conven-gamos en llamarlos así– (...) desconocen la rima, y a nada se parecen tanto como a los gritos de guerra de los pieles rojas». Pero Ralph Waldo Emerson, el filósofo estadounidense más reputado de su tiempo, sí felicitó por carta a Whitman, y no es extraño que lo hiciera, porque el poeta se había inspirado, para alumbrar su libro, en una conferencia que Emerson había impartido en 1842, «Naturaleza y facultades del poeta», en la que había proclamado su credo estético y definido al vate ideal: «el que dice, nombra y representa la belleza; el soberano, el que está en el centro; (...) el que anuncia lo nunca profetizado; el único sanador verdadero; (...) el dios que libera». Todo eso quiso ser Whitman: abandonó la poesía victoriana que había practicado hasta entonces, como

casi todos sus contemporáneos, así como algunos edificantes pero anecdóticos proyectos narrativos, como la novela *Franklin Evans, el borracho* —que abominaba del alcohol, pero que Whitman escribió con el auxilio de unas cuantas botellas de oporto—, y se entregó a la creación de una obra poética que abarcase toda su vida y toda su personalidad, y que, al hacerlo, encarnase al país naciente, al país turbulento, heterogéneo, que no había alumbrado todavía una voz propia: los Estados Unidos de América.

Desde aquel junio de 1855, Whitman no dejó de escribir *Hojas de hierba*: los doce poemas de la primera edición se convirtieron en los 389 de la novena y última, «la edición del lecho de muerte», así llamada porque el poeta la estuvo preparando y corrigiendo, en 1891, en la cama en la que pasaba su última enfermedad y en la que acabaría falleciendo al año siguiente. Su obra es, pues, un organismo en expansión, nunca decreciente, que absorbe todo lo circundante y también la entera conciencia de su autor, tan expansiva como el mundo.

La gran aportación de *Hojas de hierba* —que lo convierte en el centro del canon de la poesía estadounidense, según Harold Bloom—, como la de casi todas las obras esenciales de la literatura, consiste en romper con las tradiciones poéticas establecidas. Whitman renuncia a las formas de la epopeya antigua, lineal, jerárquica, protagonizada por un héroe solitario, un ser superior,

que sucedía en lugares legendarios, y que se cantaba con un lenguaje muy alejado del habla coloquial, para inaugurar una épica colectiva, multitudinaria, en la que todos –desde el esclavo hasta el presidente de la nación– son protagonistas, y todos aportan su perspectiva individual, igualmente valiosa, a una visión caleidoscópica de la realidad. También renuncia a los espacios míticos. El mundo de *Hojas de hierba* no está más allá del mundo conocido: es el que el poeta ve cada día, heteróclito, contradictorio, informe a veces, sucio otras: los campos de labranza y las playas, las fábricas y los embarcaderos, las praderas y los pantanos, y, sobre todo, la tumultuosa ciudad de Nueva York, con sus muchedumbres –de blancos, negros e inmigrantes– y su frenesí, que representan la complejidad del cosmos, el hervor de la humanidad. Whitman creía en una sociedad dinámica, sin privilegios, cuya mejor plasmación literaria fuera un mosaico interminable, en el que cada persona constituyese una tesela y en el que cada acto se relacionara horizontalmente con los demás. *Hojas de hierba* se presenta, pues, como una narración circular, o quizá fractal, en la que todo desemboca en todo, y en la que ningún hecho individual sobresale de los demás, sino que todos se articulan en un conjunto vertiginoso, pero nunca caótico, porque existe un eje vertebrador que proporciona unidad a toda la obra: el proteico Walt Whitman. Porque, al mismo tiempo que Whitman canta al personaje colec-

tivo, se canta a sí mismo, como portavoz o espíritu suyo, dotado de todas las virtudes y maldades del género humano: «Esto no es un libro: / quien lo toca, toca a un hombre», escribe, célebremente, en *Cantos de despedida*.

El lenguaje con el que Whitman instauro esta nueva forma de hacer literatura resulta coherente con su ruptura conceptual. Abandona los modos de expresión de la poesía inglesa y se entrega a un verso sin hormas, a menudo prolongado en versículo y estructurado en sus famosas enumeraciones. El ritmo oratorio de *Hojas de hierba* insufla un aliento totalizador al libro, que, no obstante, nunca se encumbra, sino que se mantiene al alcance de los hombres, gracias a su permeabilidad léxica, que incorpora arcaísmos, neologismos, localismos, tecnicismos, barbarismos, coloquialismos y extranjerismos. Lo más llamativo de este alboroto lingüístico es la presencia de algo inimaginable entonces: un vocabulario soez, que no teme referirse al excremento, la basura y el semen, entre otras cosas, como realidades humanas tan dignas de ser cantadas por la poesía, tan *limpias*, como sus manifestaciones más elevadas. *Hojas de hierba* se erige en una obra múltiple, cósmica, torrencial, cuya amplitud versicular y hondura oratoria le permitan cantar la grandeza extraordinaria de un mundo nuevo, y también de un hombre nuevo.

EDUARDO MOGA

Canto de mí mismo
y otros poemas

Canto el yo

Canto el yo, una simple persona, un individuo;
sin embargo, pronuncio la palabra Democrática, la pa-
labra *En Masse*.

Canto la fisiología, de la cabeza a los pies;
ni la fisionomía por sí sola, ni el cerebro por sí solo, son
dignos de la Musa: yo sostengo que la Forma completa
es mucho más digna,
y canto por igual a la Hembra y al Varón.

Con una inmensa pasión por la Vida, con nervio y
energía,
jubiloso y –concebido bajo las leyes divinas– libérrimo,
al Hombre Moderno canto.

Canto de mí mismo

I

Yo me celebro y me canto,
y cuanto hago mío será tuyo también,
porque no hay átomo en mí que no te pertenezca.

Holgazaneo, e invito a mi alma.
Holgazaneo, a mi antojo, y me paro a observar una
brizna de hierba estival.

Mi lengua, y hasta el último átomo de mi sangre, están
formados por esta tierra, por este aire;
nacido aquí, de padres nacidos aquí, lo mismo que sus
padres, y lo mismo que los padres de estos,
yo, de treinta y siete años de edad, en perfecto estado
de salud, empiezo ahora,
y espero no acabar hasta la muerte.

Dejo en suspenso credos y doctrinas;
me aparto un trecho: los conozco bien, y no los olvi-
daré.

Acojo el bien y el mal, y me permito hablar, sin preocuparme por los riesgos,
naturaleza sin freno, con su energía primigenia.

2

Las casas y las habitaciones están llenas de aromas; los estantes están atestados de aromas.
Yo aspiro la fragancia, y la reconozco, y me gusta.
Su esencia me embriagaría, pero no lo permitiré.

La atmósfera no es un aroma, no sabe a la esencia, no huele a nada.
Mi boca ha sido siempre su destino: estoy enamorado de ella.
Me iré a la ribera del bosque, y me quitaré el disfraz, y me quedaré desnudo:
estoy loco por que entre en contacto conmigo.

El vaho de mi aliento,
ecos, ondulaciones, susurros roncros, amaranto, hilo de seda, horca y vid,
mi respiración e inspiración, el latido de mi corazón, el paso de la sangre y el aire por los pulmones,
el olor de las hojas verdes y las hojas secas, y el de la costa y las rocas oscuras del mar, y el del heno en el granero,

el pedregoso sonido de las palabras que la boca arroja
a los remolinos de viento,
algunos besos fugaces, unos pocos abrazos, o brazos
que se extienden para darlos,
el juego de luces y sombras al menearse, flexibles, las
ramas de los árboles,
el placer de estar solo o en el tráfico de las calles, o en
los campos, o en las laderas de las colinas,
la sensación de bienestar, el canto del mediodía, y el
mío al levantarme de la cama y encontrarme con
el sol.

¿Creías que mil acres eran muchos? ¿Creías que la tierra era mucha?

¿Tanto te ha costado aprender a leer?

¿Tan orgulloso te has sentido de captar el significado de los poemas?

Quédate conmigo este día y esta noche, y te harás con
el origen de todos los poemas,
y con los bienes de la tierra y del sol (aún quedan millones de soles);
ya no aceptarás las cosas de segunda o tercera mano, ni
mirarás con los ojos de los muertos, ni te alimentarás de los espectros de los libros,
ni mirarás tampoco con mis ojos, ni aceptarás lo que yo diga,

sino que escucharás lo que llegue a ti de todas partes, y tu ser lo filtrará.

3

He oído lo que decían los que hablaban, su conversación sobre el principio y el fin, pero yo no hablo del principio ni del fin.

Nunca ha habido más principio que ahora, ni más juventud o vejez que ahora, y nunca habrá más perfección que ahora, ni más cielo o infierno que ahora.

Impulso, impulso, impulso:
siempre el impulso procreador del mundo.

De la penumbra surge lo opuesto e igual, siempre la sustancia y la multiplicación, siempre el sexo, siempre una identidad entretejida, siempre lo que difiere, siempre el brotar de la vida.

De nada sirve trabajar con esmero: lo saben tanto los ignorantes como los instruidos.

Seguros como los que más, a plomo sobre los montantes, sólidamente afianzados, ensamblados a las vigas, fuertes como caballos, afectuosos, altivos, eléctricos, aquí nos erigimos este misterio y yo.

Pura y diáfana está mi alma, y puro y diáfano, cuanto no es mi alma.

Si uno falta, ambos faltan, y lo visible es prueba de lo invisible,
hasta que se vuelve invisible y requiere prueba a su vez.

Al revelar lo mejor y separarlo de lo peor, una edad ofende a la otra;
y, como conozco la perfecta avenencia y ecuanimidad de las cosas, mientras discuten, guardo silencio, y me voy a bañar, y a admirarme.

Bienvenidos sean todos mis órganos y atributos, y los de cualquier hombre limpio y sano;
no hay en ellos ni una sola pulgada, ni siquiera una partícula de pulgada, que sea vil, y ninguna debe ser menos conocida que las otras.

Estoy satisfecho: veo, bailo, río, canto;

cuando el amigo amante que duerme a mi lado, y me abraza toda la noche, se retira, con pasos furtivos, al despuntar el día, dejando cestas llenas de toallas blancas, cuya abundancia colma la casa, ¿he de postergar mi aceptación y mi comprensión, y de gritarles a mis ojos que dejen de escudriñar el camino, y que calculen, en el acto, hasta el último centavo, y me revelen exactamente el valor de uno y exactamente el valor de dos, y cuál es más valioso?

4

Paseantes y curiosos me rodean; la gente que encuentro, la huella que ha dejado en mí la juventud, o el barrio y la ciudad en que vivo, o la nación, los últimos aniversarios, descubrimientos, invenciones, sociedades, autores antiguos y modernos, mi cena, la ropa, los compañeros, el aspecto, los cumplidos, los deberes, la indiferencia real o simulada de algún hombre o mujer a los que amo,

la enfermedad de un pariente o de mí mismo, o la bella-
quería, o la pérdida o falta de dinero, o el abatimien-
to o la exaltación,
las batallas, los horrores de la guerra fratricida, la an-
gustia por las noticias inciertas, los acontecimientos
azarosos:
todo esto me asalta, de día y de noche, y sale de mí otra
vez,
pero no es mi Yo.

Más allá del tira y afloja, perdura lo que soy,
regocijado, satisfecho, compasivo, ocioso, unitario:
se inclina, se yergue o apoya el brazo en alguna base
intangibles pero firme,
y mira, con la cabeza ladeada, curioso por lo que vaya
a suceder,
espectador y jugador al mismo tiempo, observador
maravillado.

Echo la vista atrás, y me veo en aquellos días en que me
debatía, entre la niebla, con los políglotas y los dis-
cutidores;
no traigo burlas ni razones: observo y espero.